

¡DIVINO TESORO!

Así califica el poeta Rubén Darío a esa etapa central de la vida en la que se configuran los ideales y trazan nuestros sueños, en uno de sus más célebres versos: ¡Juventud, divino tesoro, ya te vas para no volver, cuando quiero llorar no lloro y a veces lloro sin querer!

Llevamos alrededor de dos años como Iglesia católica y como Compañía de Jesús reflexionando y dialogando a profundidad sobre el valor e importancia de dicho tesoro. La Iglesia, con ocasión del Sínodo de octubre del pasado año llegó a tomar a los jóvenes como “lugar teológico”, incisiva afirmación para quienes consideramos en fe que el Dios de Jesús se nos manifiesta en la vida y en la historia. Toca “acompañarlos en la construcción de un futuro esperanzador” para la humanidad y para la tierra, nos ha indicado el Padre General Arturo Sosa SJ, al establecer esa tarea como una de las cuatro preferencias apostólicas universales para los próximos diez años.

Reconociendo que hay diversas plasmaciones y maneras de ser joven, según se haya nacido en un lugar u en otro, se posea una cultura determinada, se domine un particular idioma materno, o se pertenezca a un específico sector socio económico, se puede constatar que los jóvenes comparten al menos cinco rasgos o dinamismos que les facilitaría convertirse en la punta de lanza en la edificación y defensa de una nueva civilización, de un nuevo modo de vivir, de convivir, de producir y de compartir.

Ante todo, su intenso afán de libertad. Poseen un fino radar para detectar las diversas esclavitudes sociales y humanas que se tejen por intereses de todo tipo. Su innegociable y sincero deseo de justicia para erradicarlas. Abundante y coherente generosidad en el esfuerzo cotidiano que ello supone, espontánea y contagiosa alegría en ese bregar, y una sincera y lúcida apertura a que sea la experiencia personal y grupal de trascendencia ética o religiosa la que alimente, sostenga y renueve continuamente ese caminar en búsqueda de que la tierra sea nuestra casa común, que las relaciones sociales e interpersonales estén signadas por la aceptación de una mutua y misma dignidad, y que el sentido pleno de la vida de unos no se establezca a costa del de los otros.

La actual figura histórica, caracterizada por la globalización de la crueldad humana, la destrucción socio ambiental, el cínico engaño, el materialismo rampante, el lucro como motor de la historia, la superficial diversión, la exclusión social, y el fanatismo mental, ha detectado con hábil astucia que es en los jóvenes en donde más y mejor anida la posibilidad de “resistencia” a la que nos exhortó Ernesto Sábato. Tanto por lo que dicha resistencia tiene de rechazo y aversión a su burda mentira, como por lo que posee de alumbramiento y creación de algo nuevo y distinto.

Es por ello que a la mayoría de ellos se les niega la formación competente y crítica, que se les cierran cada vez más las oportunidades laborales decentes, que se les empuja a la pobreza, que se les incita a la violencia, que se les intenta adormecer, que se les busca dividir, y sutilmente persuadir de que hagamos lo que hagamos, esa “áñfora rota” en que el ser humano consiste según Ernesto Cardenal, no tiene remedio.

En América Latina y el Caribe, todos los ignacianos (jesuitas y laicos) que colaboramos en la misión de El Señor de regalarnos “vida y vida en abundancia”, y que trabajamos con miles de jóvenes a través de múltiples ministerios, hemos recibido con entusiasmo la invitación de la Iglesia a redescubrir en ellos, en su realidad, en sus personas, en sus ideales y aún en sus sufrimientos, ese regalo de la vida como don de Dios y como tarea de todos. Y acogemos con gratitud y compromiso la decisión de la Compañía universal de acompañar a los jóvenes con espíritu de escucha y cercanía leal, en su ser punta de lanza en el advenimiento de una “nueva tierra” y un “nuevo cielo”.

P. Rolando Alvarado S.J.
Provincial de Centroamérica

DIVINO TESOURO!

Assim o poeta Ruben Dario, num dos seus versos mais célebres, qualifica esta etapa central da vida na qual se configuram os ideais e esboçam nossos sonhos: *Juventude, divino tesouro, já vais para não voltar, quando quero chorar não choro e às vezes choro sem querer!*

Na Igreja Católica, como na Companhia de Jesus, estamos há dois anos refletindo e dialogando intensamente sobre o valor e a importância deste tesouro. A Igreja, por ocasião do Sínodo de outubro do ano passado, chegou a considerar os jovens como *lugar teológico*, declaração incisiva para os que acreditamos na fé que o Deus de Jesus se nos manifesta na vida e na história. Cabe-nos acompanhá-los na construção de um futuro esperançoso para a humanidade e para a Terra, indicou-nos o P. Geral, Arturo Sosa S.J., ao estabelecer esta tarefa como uma das quatro preferências apostólicas universais para os próximos dez anos.

Reconhecendo que existem diferentes modelos e modos de ser jovem, conforme tenha nascido num lugar ou outro, possua uma cultura determinada, domine um particular idioma materno, ou pertença a um específico setor socioeconômico, pode-se constatar que os jovens compartilham pelo menos cinco características ou dinamismos que lhes permitiria converter-se em ponta de lança na construção e defesa de uma nova civilização, um novo modo de viver, de conviver, de produzir e de compartilhar.

Antes de tudo, o seu intenso desejo de liberdade. Os jovens têm um fino radar para detectar as várias escravidões sociais e humanas tecidas por interesses de todo o tipo. Seu inegociável e sincero desejo de justiça para erradicá-los. Abundante e coerente generosidade no esforço diário que isso implica, espontânea e contagiente alegria nessa luta. E uma sincera e lúcida abertura para que a experiência pessoal e grupal de transcendência ética ou religiosa seja a que alimente, sustente e renove continuamente esse caminhar para que a terra seja a nossa cada comum, que as relações sociais e interpessoais estejam marcadas pela aceitação de uma mútua e mesma dignidade, e que o sentido pleno da vida de uns não se estabeleça à custa dos outros.

A atual figura histórica, caracterizada pela globalização da crueldade humana, a destruição socioambiental, a fraude cínica, o materialismo desenfreado, o lucro como motor da história, a diversão superficial, a exclusão social e o fanatismo mental detectou com hábil astúcia que é nos jovens onde mais e melhor se aninha a possibilidade de ‘resistência’ a que nos exortou Ernesto Sábato. Tanto pelo que essa resistência tem de rejeição e aversão à sua mentira grosseira, como pelo que tem de parto e criação de algo novo e diferente.

É por isso que para a maioria deles é negada a formação competente e crítica, que são fechadas cada vez mais as oportunidades de trabalho decente, que são empurrados para a pobreza, que são incitados à violência, que se tenta dopá-los, que se procura dividir-los, e sutilmente persuadir de que tudo o que fizermos, essa ‘âncora partida’, em que, segundo Ernesto Cardenal consiste o ser humano, não tem remédio.

Na América Latina e no Caribe, todos os inacianos (jesuítas e leigos) que colaboramos na missão do Senhor para nos dar ‘vida e vida em abundância’ e que trabalhamos com milhares de jovens através de vários ministérios, temos recebido com entusiasmo o convite da Igreja para redescobrir nos jovens, em sua realidade, em suas pessoas, em seus ideais e mesmo em seus sofrimentos, esse dom da vida como dom de Deus e como tarefa para todos. E acolhemos com gratidão e compromisso a decisão da Companhia Universal de acompanhar os jovens com um espírito de escuta e proximidade leal, sendo eles ponta de lança no advento de uma ‘nova terra’ e de um ‘novo céu’.

P. Rolando Alvarado S.J.
Provincial da América Central